

ALISON GOODMAN



EÓN

El despertar del Ojo de Dragón

viceversa juvenil

EÓN

El despertar del Ojo del Dragón



Eón

El despertar del Ojo del Dragón

Alison Goodman

Traducción de Juanjo Estella





Título original: *The Two Pearls of Wisdom*

© Alison Goodman, 2008

Obra publicada originalmente por HarperCollins Australia.

Traducción publicada con el acuerdo de Jill Grinberg Literary Management LLC y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

Reservados todos los derechos.

© Editorial Viceversa, S.L., 2009

Calatrava, 1-7 bajos. 08017 Barcelona (España)

www.editorialviceversa.com

Primera edición: mayo 2009

ISBN: 978-84-937109-0-3

Depósito legal: B-18222-2009

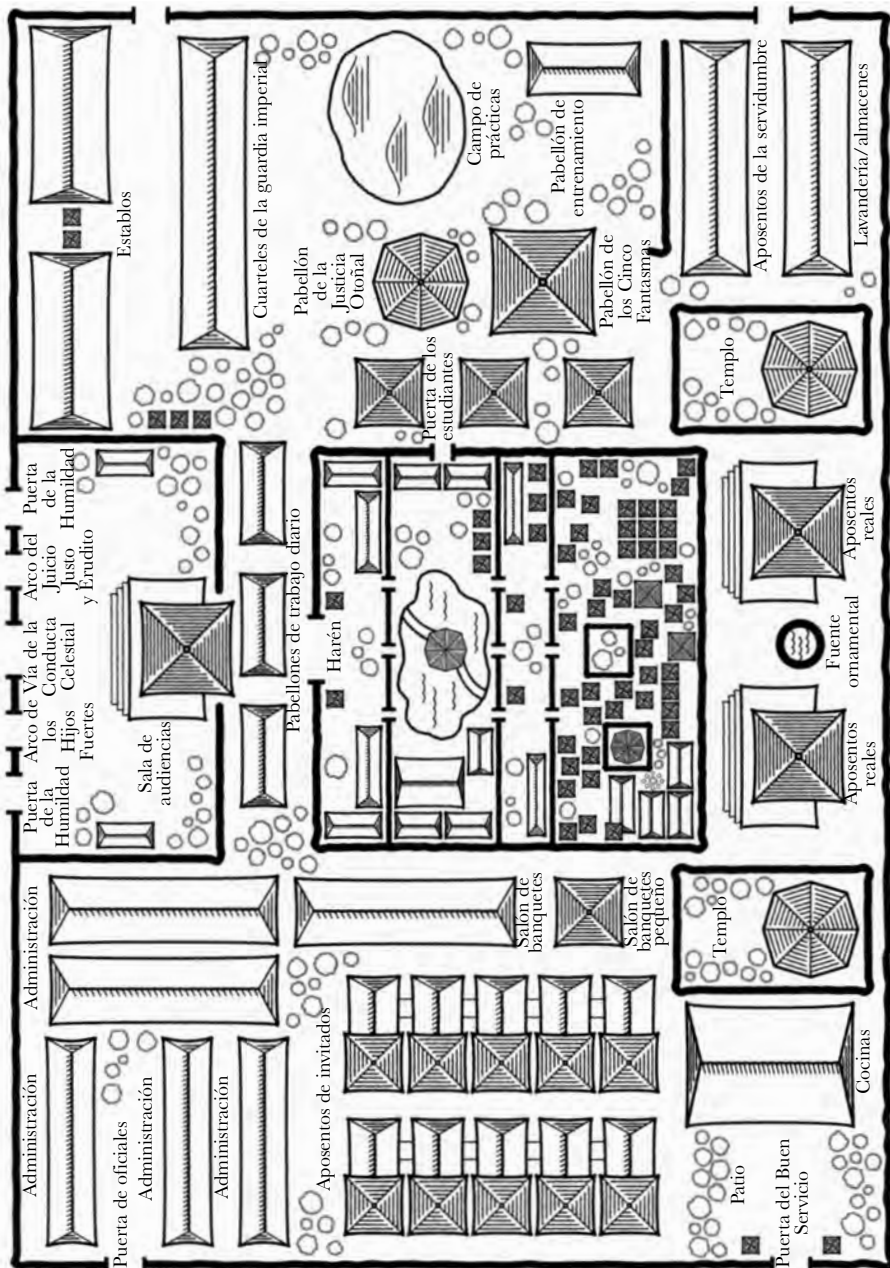
Impreso por Printer Indústria Gráfica

Printed in Spain - Impreso en España

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Para mi querida amiga Karen McKenzie

PLANO DEL PALACIO IMPERIAL



Dragón Buey

N

Dragón Rata

NNO

Dragón Tigre

NNE

Dragón Cerdo

ONO

Dragón Conejo

ENE

Dragón Perro

O

*Dragón Dragón
o Dragón Espejo*

E



Dragón Gallo

OSO

Dragón Serpiente

ESE

Dragón Mono

SSO

Dragón Caballo

SSE

Dragón Cabra

S

Dragón Buey

Brújula: norte
Color: púrpura
Ojo de Dragón: Señor Tyron
Custodio de la Determinación

Dragón Tigre

Brújula: norte-noreste
Color: verde
Ojo de Dragón: Señor Elgon
Custodio del Valor

Dragón Conejo

Brújula: este-noreste
Color: rosa
Ojo de Dragón: Señor Silvo
Custodio de la Paz

Dragón Dragón o Dragón Espejo

Brújula: este
Color: rojo
Ojo de Dragón: ninguno;
el dragón lleva más de
quinientos años desaparecido
Custodio de la Verdad

Dragón Serpiente

Brújula: este-sureste
Color: cobre
Ojo de Dragón: Señor Chion
Custodio de la Visión Interior

Dragón Caballo

Brújula: sur-sureste
Color: naranja
Ojo de Dragón: Señor Dram
Custodio de la Pasión

Dragón Cabra

Brújula: sur
Color: plata
Ojo de Dragón: Señor Tiro
Custodio de la Bondad

Dragón Mono

Brújula: sur-suroeste
Color: ébano
Ojo de Dragón: Señor Jessam
Custodio de la Habilidad

Dragón Gallo

Brújula: oeste-suroeste
Color: marrón
Ojo de Dragón: Señor Bano
Custodio de la Confianza

Dragón Perro

Brújula: oeste
Color: marfil
Ojo de Dragón: Señor Garon
Custodio de la Honestidad

Dragón Cerdo

Brújula: oeste-noroeste
Color: gris
Ojo de Dragón: Señor Meram
Custodio de la Generosidad

Dragón Rata

Brújula: norte-noroeste
Color: azul
Ojo de Dragón: Señor Ido
Custodio de la Ambición

EXTRACTO

[...]

Otro dragón.

Un dragón que yo no había visto nunca.

La imagen volvió a moverse, un torbellino mareante de rojo y amarillo que culminó en el reflejo de dos cuernos arqueados sobre una espesa mata de pelo que brillaba con tonos de oro y bronce. El dragón ocupaba todo el reflejo e impedía la visión de la pista. El aire se impregnó de calor. Oí el temblor de un gran peso. A ambos lados de donde me encontraba, sobre la arena, aparecieron unos surcos profundos. Adelantándome a ciegas acaricié unas escamas suaves y retiré la mano. El sabor dulce a canela alcanzó mi boca un instante antes de sentir un aliento cálido en el pelo. Miré al espejo y me vi a mí misma de pie entre las patas de la bestia, una figura diminuta, vestida de rojo, perdida casi en el carmesí radiante de su pecho profundo.

Enroscado sobre mí se alzaba el Dragón Verdadero. Lo veía. Percibía el temblor de sus músculos robustos. La delicada repetición de escamas recortadas. El brillo de la perla dorada que se sostenía bajo la barbilla. Bajó la cabeza, acercando sus ojos a mí; su mirada antigua me arrastró a la luz y a la oscuridad, al sol y a la luna. *Al lin* y al *gan*. El dragón era nacimiento y muerte. Era *hua*.

Era el Dragón Espejo. El Dragón Perdido.

La gran cabeza se alzó, ofreciéndome la perla. Ofreciéndome su poder.

Yo levanté las manos, vacilante, mientras un zumbido de energía brotaba de la perla. Un exceso de *hua* en estado puro. ¿Qué me haría?

Un aliento suave, especiado, me acarició el rostro y, a continuación, sentí que la perla hacía fuerza contra las palmas de mis manos. Conservaba el calor del cuerpo del dragón, de su superficie brotaba un resplandor dorado que iluminó mi piel con destellos sedosos. Hasta mí llegó el murmullo de aprobación de los espectadores.

Ellos también lo veían. Veían que el Dragón Espejo me elegía a mí. A Eón. Al cojo.

En ese instante, el murmullo se convirtió en rugido. Aparté los ojos de los del Dragón Espejo. Los hombres señalaban, acobardados en sus asientos, se alejaban. Todos los demás dragones se habían materializado súbitamente en lo alto de sus respectivos espejos —once inmensos cuerpos macizos, sus pieles radiantes, de unos colores tan vivos que lograban que las sedas de los nobles temerosos parecieran mortecinas. El Dragón Buey alargó una zarpa color amatista hacia mí, el color púrpura de la pata suavizándose hasta adquirir un tono de sombra crepuscular. El Dragón Tigre bajó su cabeza color esmeralda, elaborando un saludo que mostró su espesa mata de crin musgosa, moteada de cobre. Me giré para ver a los demás, sin tiempo para apreciar debidamente los rosados del Dragón Conejo, que recordaban al cielo del amanecer, ni los naranjas encendidos del Dragón Caballo, ni los plateados del Dragón Cabra.

Todos me observaban con los ojos de su espíritu.

La pista era un hervidero de movimientos dispares. Los oficiales y los músicos corrían hacia la rampa, hombres de todos los rangos y condiciones saltaban sobre las gradas, buscando el refugio de los sitios más elevados. En medio de toda aquella estridencia histérica, una figura llamó mi atención. El Señor Ido. Su rostro se mantenía agarrotado a causa del asombro y no dejaba de abrir y cerrar los puños. Levantaba mucho la cabeza y la giraba para ver el círculo de dragones. Todos se inclinaban ante el Dragón Espejo. Se postraban ante mí. Incluso el Dragón Rata, que era el ascendente. Once bestias poderosas que inclinaban la cabeza, en señal de sumisión, las perlas inmensas que custodiaban bajo las barbillas reflejadas en el anillo de espejos como el collar de un dios.

Entornando los ojos, el Señor Ido los clavó en el Dragón Rata y se echó hacia delante, como si tuviera que levantar un gran peso. Despacio, levantó las manos, absorbiendo el poder de la tierra. Vi que la fuerza recorría su cuerpo con la misma claridad con la que veía el resplandor de sus siete centros de energía. Estaba invocando al Dragón Rata. Lo oía, hasta mi cuerpo llegaba una vibración profunda, un sonido que reclamaba la atención de la bestia. Despacio, a disgusto, el dragón azul abandonó la posición de saludo. El Señor Ido bajó los brazos y se volvió para mirarme. Por un momento, me pareció ver que el miedo asomaba a su expresión aguerrida. Pero entonces sonrió —retiró los labios despacio y mostró los dientes— y supe que no era temor: era apetito.

Por encima de mí, el Dragón Espejo murmuró y sentí que algo se agitaba en mi interior, como un suspiro en el límite de mis sentidos. Algo importante. Acerqué la oreja a la perla y contuve la respiración para oír mejor. Por un momento el sonido me llegó más nítido, atravesando una resistencia oscura. Oí un ritmo suave, sin forma ni significado, que al poco se difuminó, como el final de un suspiro. Pasé los dedos por su superficie dura, aterciopelada, suplicando en silencio que me dejara intentarlo de nuevo.

La perla se movió bajo mis manos, mientras el dragón levantaba la cabeza. Me llamó. El grito desgarrador recorrió mi cuerpo, en busca de su centro. No había escapatoria para aquel chorro de energía plateada. Me desnudó el alma, en busca del núcleo de Eón. Y lo encontró.

Encontró a *Eona*.

Mi verdadero nombre ascendió por mi interior, arrancado desde las profundidades de mi ser. Debía gritar mi nombre al mundo, celebrar la verdad de nuestra unión. Esa era la exigencia del dragón.

¡No!

Me matarían. Matarían a mi señor. Apreté mucho los dientes. Mi nombre me llenaba la cabeza, resonaba en ella, me clavaba sus agujas de dolor.

¡Eona, Eona, Eona!

¡No! Sería mi muerte. Aparté el rostro de la perla, pero mis manos se resistían a moverse, unidas a su poder palpitante. Grité, intentando arrancarme el nombre de la mente, y mi grito se unió al del Dragón Espejo, más agudo. Pero el nombre seguía golpeándome con todo el peso del deseo de un dragón. Demasiado fuerte. De un momento a otro dejaría de reprimirlo y tendría que pronunciarlo.

—¡Soy Eón! —grité—. ¡Eón!

Presioné la perla con más fuerza y su poder reverberó por la superficie de mis manos y mis brazos. Entonces eché el cuerpo hacia atrás. Durante un segundo no sentí más que un dolor que me desgarraba, pero al poco mis manos se liberaron y sentí que caía de nuevo. Que caía en una oscuridad llena de pérdida y soledad.

NOTA DE LA AUTORA

El Imperio de los Dragones Celestiales no es un país real, ni una cultura. Se trata de un mundo de fantasía inspirado originalmente por la historia y las culturas de China y Japón, pero que pronto se convirtió en una tierra de imaginación sin pretensiones de autenticidad histórica ni cultural. A pesar de ello, sí investigué muchos aspectos de sus culturas antiguas y modernas, que usé como base sobre la que crear el imperio y los dragones. Si os interesa conocer el camino de investigación que emprendí, he detallado algunos de mis hallazgos favoritos en mi página web: www.alisongoodman.com.au

AGRADECIMIENTOS

Me gustaría dar las gracias a las siguientes personas:

A Ron, mi maravilloso marido.

A Karen McKenzie, mi mejor amiga y hermana gemela de escritura.

A Charmaine y Doug Goodman, mis padres, que siempre me han apoyado.

A mis magníficos agentes, Fran Bryson, Jill Grinberg, Antony Harwood, y a sus socios.

Al equipo de Viking: Sharyn November, editora extraordinaria y absoluta diosa del rock; a Regina Hayes, y a todos quienes han contribuido a perfeccionar *Eón* para que saliera al mundo.

A Sammy Yuen Jr., por la sensacional ilustración de la cubierta de la edición original.

A Simon Higgins, por enseñarme a empuñar una espada china, por revisar las escenas de los combates y por su inagotable apoyo y amistad.

A mi grupo de escritura, que ha leído y comentado la novela con gran generosidad: Karen, Judy, Carrie, Jane y Paul.

A Pam Horsey, por su amistad y su apoyo, por no mencionar su exquisito gusto para las joyas.

A Mark Barry y a Caz Brown por su experiencia en páginas web. Y, por supuesto, a Xanderpup y a Spikeyboy.

Nadie sabe cómo alcanzaron los primeros Ojos de Dragón su peligroso acuerdo con los doce dragones de la energía y de la buena suerte, encargados de la protección de la tierra. Cada uno de los doce Ojos de Dragón gracias a ese pacto alcanza un inmenso poder que le permite desplazar monzones, desviar ríos y detener terremotos. Una vez al año doce muchachos se enfrentan en una dura competición de la que surgirá un nuevo aprendiz de Ojo de Dragón. Eón lleva años preparándose para ese momento.

Cuando ve cumplido su sueño y es escogido como aprendiz de Ojo de Dragón, Eón debe aprender rápidamente a emplear sus nuevos poderes para defender al viejo y respetado Emperador y a su heredero en una lucha que amenaza la paz del reino. Pero Eón esconde un terrible secreto que pone en peligro su vida. Sólo si es capaz de encontrar la fortaleza interior podrá vencer a aquellos que quieren arrebatárle su magia... y su vida.



**Premio a la mejor novela de fantasía
de los Aurealis Awards de 2008**

AUREALIS AWARD
AUSTRALIA'S PREMIER SPECULATIVE FICTION AWARDS

"Un ritmo trepidante conduce a Eón a través de una aventura en la que la victoria sólo puede obtenerse mediante un profundo conocimiento personal...Esta aventura llena de intriga, amistad, luchas y alianzas mágicas, es, sin duda, una historia ganadora."

Kirkus Reviews, libro recomendado

www.EONojodedragon.com

19,50 €

ISBN: 978-84-937109-0-3



V viceversa
EDITORIAL

www.editorialviceversa.com